

En los Países Bajos fermentaba, entre tanto, de nuevo la lucha. D. Juan había querido crearse, para el porvenir, un centro de poder, una base de operaciones, y no puede negarse que, aun bajo el punto de vista de los intereses generales de España, había fundamentos para quererlo así, ya que los Estados generales se mostraban impotentes, Holanda y Zelanda se negaban, por motivos religiosos, á reconocer el edicto perpetuo, y en los Países Bajos cada cual hacia lo que se le antojaba. El de Orange, especialmente, procuraba entorpecer la obra de la paz, ya por patriotismo, sospechando los planes de Felipe y temiendo la restauracion de la dominacion extranjera, ya por ambicion, ya, finalmente, por las dos cosas á la vez. Por esto, cuidándose muy poco de las condiciones de la pacificacion de Gante, vendió, durante sus dos gobiernos, bienes de la corona, reclutó soldados, aprestó artillería y entregó las mas fuertes plazas á los mas decididos «mendigos.» Los calvinistas radicales, especialmente los que pertenecian á la clase baja, fueron todavia mas allá, insultando y atacando, en las grandes ciudades, á don Juan y á sus cortesanos.

Todo esto podia dar pretexto bastante á D. Juan para acudir á la violencia; pero bajo el punto de vista español hubiera sido mas prudente, ateniéndose á las instrucciones de Felipe, tener paciencia y utilizar los actos de los protestantes y orangistas para atraerse y enemistar mortalmente con los «mendigos» á los nobles católicos y fieles á su rey, cuyo número se aumentaba de día en día en las comarcas walonas. ¡Cuán bien lo consiguió su inteligente sucesor! Don Juan ni era un hábil hombre de Estado, ni atendía á los intereses del servicio. Para realizar sus ambiciosos planes personales creia preciso ante todo contar con un territorio en el cual fuese señor único. Escobedo fué por orden suya á Madrid para justificar sus actos, conseguir el envío de tropas españolas á los Países Bajos y pedir dinero: «esto obtenido, decía D. Juan, podré cantar otra cancion contra los declarados rebeldes (1).» En 24 de julio de 1577, atacó la ciudadela de Namur, situada en unos elevados peñascos que se alzaban sobre la ciudad, posicion desde la cual se dominaba la confluencia del Sambre y del Mosa. Al propio tiempo cayó en su poder Charlemont, permaneciendo fiel á él todo el ducado de Luxemburgo; y con estas conquistas formó el núcleo de un territorio español en el centro de los territorios rebeldes.

Sin embargo, parecia que la atrevida empresa no solo habia de tener mal éxito para el que la iniciaba, sino que debía causar la pérdida definitiva para España de la mayor parte de los Países Bajos. Las tropas reales que ocupaban la fortaleza de Amberes fueron vencidas por los soldados rebeldes; y al tener noticia de tan importante derrota, la mayor parte de los nobles católicos abandonaron á D. Juan y se dirigieron apresuradamente á Bruselas para concurrir á los Estados generales. Estos pidieron al rey la destitucion inmediata de D. Juan y el nombramiento, para el cargo de gobernador general, de un príncipe legítimo de la casa de Austria, que no fuera sospechoso de estar en inteligencia con los españoles, cuya permanencia en los Países Bajos se habia hecho insostenible para los flamencos. Felipe desaprobó todo lo hecho, exigió el restablecimiento de la paz y anunció el nombramiento de la duquesa de Parma como gobernadora general.

Era sin embargo demasiado tarde: los Estados generales indignados de la conducta de D. Juan, envalentonados con los deseos de paz que mostraba Felipe, y excitados por los constantes manejos del de Orange, llamaron á Bruselas á este irreconciliable enemigo de los españoles, pretextando que, como miembro el mas importante de los Estados, no

(1) Don Juan á Margarita de Parma, 8 de agosto de 1577.

podia faltar á su reunion en situacion tan difícil como la que en aquel entonces pesaba sobre el país. Los Estados de Brabante le eligieron inmediatamente *rúwaert*, es decir, regente. La alta aristocracia católica no vió con buenos ojos este nombramiento y eligió al hermano menor del emperador Rodolfo II, Matías, para gobernador general. Este, poseido de ambicion, aceptó el cargo, sin consultarlo con el emperador, y huyó secretamente de Viena hácia Bruselas. Sus escasas dotes y el poco apoyo que encontró en el país hicieron que no gozase de gran consideracion en él: el de Orange siguió dominando, y si aceptó la solucion adoptada fué solo por mera forma para no alejar de la causa comun á las provincias católicas y á la nobleza, pero conservó en su poder, como gobernador general, tres de las mas importantes provincias. Posteriormente fué nombrado representante y lugarteniente general cerca del archiduque, con lo cual este acabó de perder toda consideracion. El pueblo llamaba irónicamente á Matías el *escribano del príncipe*, pues no hacia mas que extender en el papel las decisiones del de Orange. Este triunfaba en toda la línea y su energía se impuso á los Estados generales, que á principios de 1578 firmaron una alianza con Isabel de Inglaterra, la cual les proporcionó cien mil libras esterlinas para armar un ejército.

Quedaba, pues, declarada la guerra entre España y los Estados generales, de lo cual se alegró, hasta cierto punto, don Juan, porque tuvo ocasion de llamar de nuevo á los regimientos españoles que habian salido de los Países Bajos (2), para formar como formó con ellos y con los soldados alemanes un pequeño pero aguerrido ejército, y apelar á la fuerza de su espada, dejando á un lado hipócritas palabras. Junto á Gembloux alcanzó al ejército flamenco que se retiraba, poco á poco delante de él (31 de enero de 1578) y que en menos de una hora fué dispersado y aniquilado por los veteranos españoles con grandes pérdidas, mientras don Juan solo sufria diez ú once bajas. Nunca habia aparecido tan brillante la superioridad de la disciplina, pericia y audacia españolas sobre los soldados flamencos, reclutados precipitadamente. Una gran parte de Flandes, del Brabante y del Hainaut cayó en poder del vencedor.

Don Juan esperaba tambien apoderarse de la capital á pesar de las fortificaciones que en ella se habian construido y darle el castigo á que su *crimen* la habia hecho acreedora; pero esto requeria mas dinero y nuevas y decisivas instrucciones militares del monarca. «Dinero y Escobedo, Escobedo y dinero,» pedía en todas sus cartas, á pesar de lo cual el rey retenia meses y meses al secretario y no queria dar cantidad alguna al hermano que se le habia hecho sospechoso. Se dijo al sombrío y desconfiado déspota que Escobedo habia manifestado que desde algunos puertos del Norte podia cualquiera apoderarse de Castilla entera; y el hecho de haber solicitado poco despues para sí el gobierno de uno de estos puertos pareció prueba evidente de su culpa; por lo cual Felipe creyó llegado el momento de deshacerse de un hombre que daba á D. Juan los mas funestos consejos y cuya presencia en España era en extremo peligrosa. Chaves, el confesor del monarca, aprobó aquel proyecto porque, en su sentir, todo rey tenia incontestable derecho sobre la vida de sus súbditos (3), opinion que sostenian muchos teólogos de aquella época.

A esto se añadió otra circunstancia. Felipe II pretendia

(2) Alegre y expresiva carta dirigida en 15 de agosto de 1577 á los regimientos que se encontraban ya en Italia: Lafuente, *Historia general de España*, XIV, 64.—Estas tropas, cuando, en diciembre de 1577, llegaron á los Países Bajos, subian al número de 6,000 hombres.

(3) Pidal, *Alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II* (traducción francesa de Magnabal, Paris 1867), I, 176.

desde hacia muchos años los favores de doña Ana de Mendoza, viuda del príncipe de Eboli, mujer de seductora belleza que se distinguía por sus caprichos y por su altanero orgullo. Inflexible la princesa á los deseos del monarca, daba sin embargo su preferencia secretamente, desde hacia dos años, al elegante y libertino secretario de Estado, Antonio Perez. Escobedo, al tener noticia de estos hechos, procuró como servidor que habia sido y amigo del de Eboli, impedir que la viuda siguiera en su vergonzosa conducta y la amenazó con descubrir al rey las visitas de Antonio Perez. Este y la princesa decidieron entonces desembarazarse de un hombre tan peligroso, cosa que no les fué difícil, pues Perez supo disponer el ánimo del monarca contra Escobedo, á quien calificaba de reo de Estado, y alcanzó de Felipe, partidario de la teoría que le hacia dueño absoluto de la vida de sus súbditos, la orden escrita de darle muerte. Habiendo fracasado las tentativas de envenenamiento hechas en la propia mesa de Perez, y de las cuales se daba cuenta al monarca, fué el infeliz Escobedo asesinado en medio de la calle por los agentes del secretario de Estado (1).

(1) La causa de este asesinato es una cuestion que ha sido tratada de muy diversas maneras. Ranke, en su obra *Príncipes y pueblos*, aceptando la propia confesion que hace Perez en sus *Relaciones*, achaca el asesinato de Escobedo á las faltas políticas de este y de D. Juan y á la traicion de Perez, y sostiene, contra la opinion de Cabrera, que Perez desempeñó en este suceso un papel pasivo mientras que Felipe representó el principal. Pone además en duda los amores del rey y de Perez con la princesa de Eboli, fundándose en que esta era ya entrada en años y tuerta y en que Perez y su esposa vivieron siempre en perfecta inteligencia. Mignet, en su obra *Antonio Perez y Felipe II* (Paris 1845), ha hecho notar con acierto, que esta última razon nada probaba, y que la primera era inexacta, pues la princesa solo contaba entonces treinta y ocho años y á pesar de ser tuerta poseía muchos atractivos y su belleza era celebrada por todos sus contemporáneos. Las íntimas relaciones entre Perez y la princesa están demostradas por las declaraciones que los notables personajes de España produjeron en el proceso del secretario y por otras distintas pruebas (véase Lafuente, *Historia general de España*, XIV, 318). El amor que el rey sentía hácia la princesa está confirmado, no solo por las afirmaciones que posteriormente hizo Perez en Francia, sino por una multitud de pruebas que continúa, en la obra citada, el marqués de Pidal. Mignet procura poner en duda la mayor parte de las intrigas políticas de D. Juan; pero tal opinion carece de fundamento; pues, por una parte, Perez, en sus *Relaciones*, no tenia razon alguna para inventar hechos que pudiesen de relieve el vergonzoso papel que en todo ello desempeñaba; y por otra, Felipe, aunque no fuera tan escrupuloso para con sus súbditos, no hubiera consentido en el asesinato de un servidor hasta entonces celoso, fiel y estimado, como era Escobedo, sin tener pruebas claras de la traicion proyectada. Las inexactitudes que Mignet encuentra en algunas circunstancias de las acusaciones de Perez contra D. Juan, no son de extrañar, ya que las *Relaciones* fueron escritas veinte años despues de haber ocurrido todos estos sucesos y sin tener á la vista los documentos necesarios ni los puntos de apoyo positivos. Las *Relaciones* son, en conjunto, imparciales y bastante verídicas, y así lo demuestran los documentos auténticos que se van publicando. Antonio Perez, en su sed de venganza y en el compromiso personal en que se encontraba, exageró sin duda los peligros que podian proceder de D. Juan y de su secretario, y por esto no queremos ir tan allá como Ranke que toma como artículos de fe cuantas acusaciones dirige Perez contra ambos.—Recientemente, Gaspar Muro, en su *Vida de la princesa de Eboli* (Madrid 1877), ha reproducido la cuestion, volviendo á poner en duda las historias amorosas de la princesa, atribuyendo las persecuciones de que ella y Perez fueron objeto por parte de Felipe II únicamente á motivos políticos y á espíritu de partido. Sin embargo, Cánovas del Castillo, en una carta introduccion, que precede á la obra de Muro, destruye, en parte, las pruebas aducidas por este autor; y si bien acepta que no está del todo probado que la princesa se entregara al rey, en cambio afirma que las indicaciones de Perez (en sus *Relaciones* y *Cartas*) han sido de tal suerte confirmadas por los documentos, que no dejan lugar á duda alguna respecto de los celos que dice abrigaba el rey contra él; tanto mas cuanto que, esperando como esperaba, volver á España, no hubiera querido echar sobre sí aquella falta ni hacerse eco de una opinion que ponía completamente en ridiculo al monarca. Cánovas cita algunos pasajes de cartas de Perez, del mismo rey y de otras personas distintas que dirigian á éste, de las

LA EUROPA OCCIDENTAL

La muerte de su secretario, cuya causa no se ocultaba á D. Juan, le apesadumbró tanto mas, cuanto que Escobedo le era completamente adicto, y aquel hecho le demostraba que su hermano le temía y le combatía, con lo cual venian al suelo todos sus planes. «Quiera Dios en el cielo descubrirme al que le ha asesinado,» escribia desconsolado á uno de sus íntimos amigos de España. Su pena se aumentó al ver el giro que iba tomando la guerra en los Países Bajos. Ciertamente, á consecuencia de una ley publicada por el de Orange, en la cual se permitía á los reformados el libre ejercicio de su culto, renació la tirantez de relaciones entre las provincias protestantes del Norte y los *malcontentos*, es decir, los católicos de los departamentos del Sur; pero esto no sirvió mas que para aumentar el número de enemigos de don Juan. En efecto, mientras Isabel enviaba socorros á los protestantes y el conde palatino Casimiro se unía á ellos con un ejército alemán; mientras de esta suerte los rebeldes podian presentar 50,000 hombres contra los 17,000 de D. Juan, los walones llamaban al hermano del rey de Francia, al duque de Anjou. El infeliz D. Juan hizo verdaderos imposibles para no ser aniquilado por la superioridad del enemigo, pero ¿no tenia razon cuando escribia á su hermana de Parma, diciéndole que solo un milagro de Dios podia salvarle de la ruina?

Abandonado por su hermano, inferior en fuerzas á su poderoso enemigo, previó un vergonzoso fin para su gobierno, y deseó servir como anacoreta á Dios que podia mas y que era mas bondadoso que su hermano Felipe. Así es que su elevado espíritu se sepultó en un mal humor y tristeza extraordinarios. La triste agitacion que padecía D. Juan le hizo víctima de una fiebre contagiosa que se cebaba entre sus tropas, y en 1.º de octubre de 1578 y cuando contaba treinta y dos años murió el vencedor de Lepanto.

Felipe acogió con indiferencia esta noticia, pues en D. Juan no veía mas que al rival molesto y peligroso: el egoísmo fanático del monarca ponía término á la vida del hermano, así como antes habia acabado con la del hijo.

De esta suerte al comenzar el año 1579, los Países Bajos, á excepcion de la parte Sudoeste de las provincias, Namur y Luxemburgo, habian conseguido sacudir el yugo español; pero se encontraban al propio tiempo en una confusion que justificaba por completo la expresion *confusum chaos*, que Guillermo de Hesse dió á aquel estado de cosas, y que hacia prever un porvenir poco halagüeño. La poblacion estaba dividida en dos bandos enemigos uno de otro: el menos numeroso é influyente se componia de los partidarios incondicionales de España, los *juanistas* como se les llamaba entonces por consideracion al de Austria; y en frente de ellos se agrupaban los celosos calvinistas de Flandes y Brabante, especialmente los de Holanda, Zelanda, Utrecht y otras provincias septentrionales, que militaban al lado de Guillermo de Orange, el cual ya entonces para oponerse á la intolerancia de los católicos walones, trataba de formar una estrecha liga de todas las ciudades calvinistas de los Países Bajos (2). En

cuales se desprende indudablemente que Felipe procedió contra Perez movido por la envidia personal y por causa de una dama, y que esta era la princesa de Eboli, la cual hasta entonces habia mostrado constante adhesion y una sumision y humildad desconocidas en ella hácia el monarca. En vano Forneron (*La princesa de Eboli*; *Revista de Francia*, 15 de abril de 1881) procura combatir esta opinion. Morel-Fatio, en su obra *La España en los siglos XVI y XVII*, pág. 20, da nuevos detalles que confirman este aserto. De esta suerte pueden combinarse entre sí todos los hechos citados en los textos.

(2) P. Fredericq, *Tratado de alianza de 1578* (Bruselas 1878).—Véase tambien L. C. Leutinh, en la obra de Nyhoffs, *Byrågen vor Vaderlandsche Geschiedenis* (Datos para la Historia patria) Nieuwe Reeks, IV, 259.

medio de estos dos bandos, se encontraba una parte importante del pueblo que se había separado de España, pero que conservaba las creencias católicas y que estaba dirigida por los *malcontentos*, especialmente por algunos nobles como el duque de Aerschot, el marqués Havré y el joven Egmont. Todos estos partidos habían procurado, entre tanto, hacerse con alianzas extranjeras. Guillermo de Orange había llamado á su auxilio á las tropas inglesas y al conde palatino Casimiro, coreligionarios religiosos suyos; en cambio los caudillos católicos habían elegido por gobernador general al archiduque Matías; y cuando este fué vencido por la superior autoridad del de Orange, se encomendaron á un hombre mas poderoso, á Francisco de Anjou, hermano del rey de Francia y buen católico, el cual, con permiso de su hermano Enrique III, se presentó en Mons al frente de un numeroso cuerpo de ejército. Ya en agosto de 1578 el de Anjou había firmado una alianza defensiva con los Estados generales que le había valido el título de «Defensor de la libertad de los Países Bajos» por el auxilio de 12,000 hombres que les había enviado, y que le ofrecía en perspectiva la posibilidad de ser nombrado soberano en el caso de una elección nacional. Este fué el golpe de muerte para el duque Matías, que al recibir la noticia derramó impotentes lágrimas. En medio de esta confusión se sublevaron los fanáticos calvinistas de Bruselas y encerraron en la cárcel de esta ciudad á muchos nobles católicos: levantamiento que se extendió á Gante y á otras poblaciones holandesas. Excitadas las masas protestantes por el fanatismo de su clero, comenzaron á cometer las mas crueles violencias contra los católicos. Orange, que hubiera querido conseguir una paz religiosa general, fué maldecido desde el púlpito como impío; y ambos partidos, que permanecían inactivos contra el comun enemigo, consumieron su actividad y sus fuerzas asolando el país.

Parecía que los Países Bajos no habían conquistado su independencia mas que para encontrar su ruina en irreconciliables luchas interiores.

En todas partes, así en Alemania, como en Inglaterra, como en los Países Bajos y en Francia misma, las consecuencias inmediatas de la Reforma fueron el desorden, la tirantez sangrienta y la guerra civil. Los dos principios religiosos luchaban entre sí con odio mortal, y cuando ambos se convencieron de que ninguno de los dos podía destruir al otro, entonces nacieron la tolerancia y el respeto hácia las contrarias doctrinas, preciosos frutos de aquellos difíciles y terribles tiempos. Entonces, sin embargo, el humo de la pólvora y el vapor de la sangre se extendieron en espesas nubes por el centro y el Oeste de la Europa. Caracteres violentos y grandes pasiones lucharon entre sí: terrible lucha de gigantes.

La guerra había estallado de nuevo en Francia.

CAPITULO VII

LOS ÚLTIMOS VALOIS Y LOS HUGONOTES

Favor de que gozaron los hugonotes durante el reinado de Carlos IX. —Coligny en la corte. —Catalina de Médicis contra Coligny. —Conflicto en la corte. —Atentado contra Coligny. —Noche de San Bartolomé. —Nueva guerra civil en Francia. —Muerte de Carlos IX. —Coronación de Enrique III. —Enrique de Navarra al frente de los hugonotes. —Situación crítica de estos. —La Liga: Estados de Blois. —Impopularidad de Enrique III.

Después de la paz de San German-en-Laye, parecía que los hugonotes se habían captado la amistad de la monarquía (1); pues en el interior se veían favorecidos y en el

(1) Este es el lugar mas á propósito para hablar de la cuestión, con tanta diversidad de criterios resuelta, acerca de si la matanza de la No-

che de San Bartolomé estaba preparada desde hacía mucho tiempo, es decir, si había sido ya concebida por la corte desde la paz de San German, ó si fué el resultado de un proyecto precipitadamente formado. Que la entrevista de Bayona no fué una preparación de la Noche de San Bartolomé lo hemos demostrado en otra ocasión. Otro fundamento hay para asegurar que las promesas hechas por Catalina de Médicis á los españoles en Bayona, fueron solo un subterfugio para librarse de su importunidad y evitar la guerra que amenazaba estallar entre Francia y España. En efecto, Granvella escribía en 22 de abril de 1529 al rey Felipe (Poulet, *Correspondencia de Granvella*, III, 554): «Bien se debe acordar Vuestra Majestad que de todo lo que se trató con la Reina madre en Bayona con todo secreto, fué luego avisado el príncipe de Condé.» El sentido de la frase es claramente una acusación contra Catalina de Médicis. Debemos, pues, acudir á otras pruebas, haciendo constar ante todo el hecho de que las memorias diplomáticas contemporáneas, incluso las del embajador español, á quien entonces se señalaba, y en parte todavía hoy se señala, como causante de la Noche de San Bartolomé (L. Oelsner, *Génesis de la noche de San Bartolomé en París*, —Francfort sobre el Maine, 1872), nada dicen acerca de la premeditación de aquel sangriento suceso. En cuanto á lo que se refiere á la paz de San German, véase lo que en otra ocasión llevamos dicho. Por lo demás, no hay sino considerar la manera como Carlos IX se disculpa por medio de su embajador en Madrid, Fourquevaux, de aquel acontecimiento, para convencerse de su sinceridad (Gachard, *La Biblioteca nacional en París*, II, 360). — Por lo que se refiere á la Noche de San Bartolomé, dos cortes tuvieron noticia del plan, si no por el rey, por la reina madre, á saber: la española y la pontificia, así como los representantes de esta en París. Pero la memoria que Olaegui, secretario del embajador español, envió á su rey (Gachard, *Boletines de la Academia Real de Bélgica*, 1849. Serie I, tomo XVI, I, 251), demuestra que la Noche de San Bartolomé causó gran sorpresa en Madrid y en la embajada española de París y que en esta capital los preparativos para aquel suceso no comenzaron hasta el 22 de agosto de 1572. El embajador español escribía en 31 de agosto al duque de Alba: «La matanza de los hugonotes no fué un suceso meditado de antemano, sino repentino. Lo que se quería era matar al almirante y hacer creer que el de Guisa le había muerto; pero al ver que el tiro iba mal dirigido y que el almirante sabia de dónde procedía la asechanza, se decidieron á arrojarse la máscara y á llevar á cabo lo que realmente hicieron, porque temían la venganza del almirante.» En corroboración de esto, decía, en 15 de noviembre de 1572, el embajador francés en Madrid (Groen van Prinsterer, *Archivos de la casa de Orange-Nassau*, I, IV, II, 22): «Je sçay assurement que D. Diego (el embajador español en París) a écrit de deça que l'execution faicte sur l'almirant et ses adherans est advenue inopinément et par contrainte.» Si á algúien hubiera querido enterar el gobierno francés de sus planes secretos contra los hugonotes hubiera sido al duque de Alba que, en 1571 y 1572, se veía de continuo asediado por los franceses y que estaba dispuesto á cualquier acto de violencia; pero en realidad el duque de Alba no sospechaba lo que se estaba preparando; y en 18 de julio escribía aun á Felipe II (Gachard, obra citada, pág. 244), diciéndole que los Guisas estaban completamente excluidos del gobierno de Francia, que el cardenal de Lorena le participaba que la escuadra francesa atacaría las posesiones españolas de los Países Bajos y que las relaciones entre España y Francia eran muy tirantes, haciéndose en una y otra nación aprestos belicosos. Los Guisas, pues, en julio de 1572, nada sabían de la próxima matanza, que, segun parece, se preparó en agosto de 1570. En 10 de julio de 1572, Morillon, hombre de confianza de Granvella, escribía á este: «El duc d'Albe est desesperé!» El de Alba envió, en 11 de julio, un embajador á París, para enterarse de si realmente los franceses pensaban atacar los Países Bajos y para pedir, en caso de que la noticia se confirmara, prontos auxilios. El mismo Felipe II, en su carta de 18 de setiembre de 1572, dirigida al duque de Alba (Gachard, obra citada, pág. 255), manifiesta gran sorpresa ante la noticia de la matanza consumada. La corte romana se encontraba tambien en una situación análoga: es indudable que desde hacía mucho tiempo aconsejaba al gobierno francés que diera un golpe de mano contra los hugonotes; y el nuncio Salviati, aquel diplomático que gozaba de gran confianza cerca de Catalina, algunos dias antes de consumarse el atentado contra el almirante estaba enterado de lo que se proyectaba. Pero sus despachos (Theiner, *Annales Ecclesiastici, Mantissa documentorum*, I, 329) demuestran que las excitaciones de Roma para acabar por medios violentos con los hugonotes fueron siempre rechazadas y que, en agosto de 1572, el nuncio no solo no sospechaba el suceso, sino que aun después de acaecido lo calificaba de acontecimiento imprevisto y en cierto modo casual. Mas adelante reprodu-

La corte francesa mostró respecto de España, cuyos desleales consejos fueron causa de los disturbios que en posteriores épocas acaecieron, una indignación que subió de punto con la

innoble conducta del embajador español, D. Francés de Alava. La misma Catalina, que antes había entablado amistosas negociaciones con él, pidió con insistencia su destitución, que Juan de Zúñiga, embajador español en Roma, quien en 8 de setiembre de 1572 escribía á su soberano (Gachard, obra citada, 249): «Los franceses quieren dar á entender que su rey había concebido aquel golpe, desde que firmó la paz con los hugonotes, y con esto se cree que fué apto para prepararlo y guardarlo secreto hasta que llegara el momento oportuno de llevarlo á cabo, atribuyéndole estratagemas indignas, aun usadas contra los herejes y los rebeldes. Yo tengo por seguro que el golpe dirigido contra el almirante había sido, hacia mucho tiempo, proyectado y autorizado por el rey (aunque este último no esté bien confirmado) pero que todo lo demás fué hijo de las circunstancias.» Carlos IX se expresó, en 26 de agosto de 1572, ante el Parlamento de París, en términos análogos á la opinión sustentada por aquellos celosos escritores, únicamente por vanagloria (M. Koch en las *Memorias de la Academia de Ciencias de Viena*, 1850, II, 67) y á pesar de ponerse en contradicción con otras muchas manifestaciones que en ocasiones distintas había hecho. El cardenal de Lorena, con el cual estaba en relaciones Capilupi, se expresa en los mismos términos (Groen van Prinsterer, *Archivos*, I, IV, II, 22). Tambien debieron expresarse así los demás embajadores franceses en otras cortes católicas, de suerte que no debe admirarnos (como admira á Wuttke en su *Historia preliminar de la Noche de San Bartolomé*, pág. 183), que el Papa y Felipe II contestasen á la corte francesa conforme á los deseos de esta. Los modernos demócratas y protestantes sostenedores de la premeditación, parten de opiniones opuestas: en efecto, recientemente el difunto Wuttke y Lord Acton (en la *North British Review*, octubre de 1869), han sostenido, contra la opinión generalmente admitida, la de que la Noche de San Bartolomé fué larga y cuidadosamente premeditada; y Enrique Bordier en su *La Saint Barthelemy y la crítica moderna* (Ginebra 1879) acusa á los modernos críticos que pretenden atenuar la infamia de aquel hecho y señala como deber de todo buen protestante el creer que la Noche de San Bartolomé fué diabólicamente concebida y desde años premeditada por sus autores. Alfredo Maury (en el *Journal des Savants* de marzo de 1880) ha apoyado esta opinion con todo el peso de su reconocida autoridad, fundándose en dos cosas; primera, en que el mismo rey Carlos se precipitó sobre sus súbditos; y segunda en que Catalina de Médicis había noticiado de antemano al mariscal Strozzi la matanza de los protestantes. Por lo que á la primera razon se refiere, difícil es apreciar la fuerza que pueda tener en pro de la premeditación, además de que Julio Loiseleur (en la *Revista histórica*, XV, 91) demuestra de un modo irrefutable que tal asercion no se halla confirmada por ninguna prueba bastante firme y solo se encuentra en algunos folletos hugonotes llenos de espíritu de partido y de errores sin cuento. Uno de estos libelistas, Barnaud, inventó tambien la carta de Catalina de Médicis á Strozzi, carta cuya inverosimilitud se comprende con solo tener en cuenta que en ella Catalina señala ya dos meses antes de la matanza la fecha del 24 de agosto, cuando, á principios de este mes, no se sabia aun en qué fecha se celebrarían las bodas de Enrique de Navarra con Margarita de Valois. Esto demostraría una prevision y dotes proféticas sobrenaturales en Catalina, la cual, setenta dias antes podia señalar con firmeza la fecha de un acontecimiento que dependía de tantas circunstancias. Mas característica es todavía la demostracion que encontramos en Julio Doinel (*Boletín de la historia del protestantismo francés*, 1882, I, 31). Este autor menciona algunos documentos que demuestran que durante la primavera y el verano de 1572 la ciudad de Orleans fué visitada por algunos sacerdotes católicos: «¿qué otra cosa podían estos predicar allí, dice, sino la cruzada contra los hugonotes?» y de aquí deduce que aquellos sacerdotes y los magistrados de Orleans estaban en connivencia con el rey y con su Consejo para asesinar, durante la noche del 24 de agosto, á los protestantes. ¡Parece increíble que puedan sacarse seriamente tales consecuencias históricas! — Todos estos argumentos son, pues, insuficientes, mientras que la opinion contraria está sostenida por los testimonios de contemporáneos bien enterados que hemos citado ya y que tendremos aun ocasion de citar en lo sucesivo. Preciso es, sin embargo, convenir en que la idea de una matanza de los hugonotes era discutida en los círculos de católicos fanáticos, y en que de ella trataron el rey, su madre, la España, el Papa (Theiner, *Annales Ecclesiastici*, I, 43, 327. — Groen van Prinsterer, *Archivos*, I, IV, II, 13), y los católicos fanáticos de la corte (*Memorias de Montluc*, Michaud et Poujolot, I, VII, 295): solo así se explica en buena parte la rapidez con que se tomaron las últimas decisiones y con que se organizó su ejecución. Pero el hecho concreto no se concibió hasta el último momento. ¿Cómo, sino, se hubiera comenzado asesinando únicamente al almirante, cuya muerte hubiera sido indudablemente para los hugonotes la señal de abandonar precipitadamente á París y organizar la guerra de venganza en las provincias? Así

ciremos sus palabras respecto de este punto. — Como era natural, adquirió gran confianza cerca de Catalina de Médicis el embajador florentino Petrucci, acerca del cual publicó algunas noticias Abel Desjardins en su obra *Carlos IX* (Douai 1873). A pesar de esto, no tenia mas noticias que los españoles y que el nuncio de los preparativos para la Noche de San Bartolomé, y estuvo convencido de que esta fué la consecuencia de una inspiracion del momento. — Conocida es la confianza que merecen por su veracidad las relaciones de los bien enterados diplomáticos venecianos. En el tomo 4.º de la primera serie de la coleccion de Alberi, tantas veces citada, se continúan las memorias dirigidas al Senado por los dos embajadores Juan Michieli (1572) y Segismundo Cavalli (1574), que están de acuerdo con las opiniones de los citados diplomáticos. El último de ellos se expresa en los siguientes términos: *Ben si conobbe que detta esecuzione fusse risoluta all' improvviso e non di lunga mano, come ho sempre creduto.* — Y los caudillos del partido católico, es decir, aquellos mismos hombres que tomaron una parte principal en la matanza de 24 de agosto de 1572, que ya en Bayona se habían puesto incondicionalmente á la disposicion de España y que debían conocer los resortes secretos del suceso, fueron absueltos libremente. El mariscal Tavannes, el católico mas fanático de la corte, y uno de los principales autores de la Noche de San Bartolomé, sospechaba tan poco de este suceso, poco antes de que acaeciera, que presentaba al rey una Memoria contra la proyectada guerra con España. El hijo de Tavannes considera la Memoria de su padre (Petitot XXV, 298) mas bien como una narracion de lo pasado, y apoyándose en los datos ofrecidos por el anciano mariscal, presenta á este tal como lo pintaremos nosotros, es decir, completamente de acuerdo con el nuncio. — Otro de los católicos importantes es Cheverny, consejero de Estado muy influyente, yerno del primer presidente del Parlamento de París, gran canciller desde el año 1578, y después canciller de Enrique III y Enrique IV, por todos cuyos conceptos podia estar bien enterado de la marcha de los acontecimientos. Pues bien, Cheverny dice, en sus *Memorias* (Michaud et Poujolot I, X, 470): «Después de la muerte de Coligny, el rey temió la venganza de los hugonotes y para anticiparse á ellos ordenó la matanza.» — Las opiniones emitidas por el partido oponente concuerdan con estas, en cuanto proceden de personas bien enteradas. Du-Plessis-Mornay, que es el reflejo de la opinion de la corte de Navarra y especialmente de Enrique IV, dice, en el tomo I, pág. 123 de sus *Memorias*, hablando de la Noche de San Bartolomé, que fué una cosa *á laquelle peu de jours auparavant on eût fait conscience de penser, et le roi lui-même en eût eu horreur.* El conde Luis de Nassau, cuyo celo protestante no pudo ponerse en duda, aseguraba, pocas semanas después de la Noche de San Bartolomé, que este suceso no había sido premeditado (Groen van Prinsterer, obra citada, pág. 53). — El mismo apasionado D'Aubigné, que conocía bastante á Enrique IV y que estaba sin duda enterado por él de este suceso, dice en su *Historia universal*, tomo II, libro I, capítulo 3.º (pág. 13, edición de 1616 á 1620): «En 20 de agosto de 1572 abandonó la corte el prudente duque de Montmorency; entonces se decidió asesinar al almirante.» — Y por último, las narraciones de los hermanos de Carlos IX, la reina Margarita de Navarra y el duque de Anjou (Enrique III), narraciones independientes unas de otras, están conformes con la opinion de que hasta ahora hemos hablado. — Esta conformidad de pareceres en los testigos presenciales y en los contemporáneos mejor enterados, no deja lugar á ninguna duda. El anciano Wachler se expresa tambien en igual sentido en su *Noche de San Bartolomé en París*, obra que, anticuada en algunos conceptos, demuestra sin embargo en su conjunto grande imparcialidad, y hace honor al profundo sentido histórico de su autor que hubo de trabajar con materiales incompletos. Recientemente, Raumer, en su *Historia de Europa* (II, 256), Mignet, Michelet, Henri Martin, Ranke, Baum (en su «Vida de Beza»), White (*Massacre of St. Barthelemy*, Londres 1868), Soldan («Francia y la Noche de San Bartolomé en la Historia de Raumer», *Almanaque de 1854*), Forneron (*Les ducs de Guise*, II, 142), Tessier (*L'almirant Coligny*), Desjardins (obra citada), Ramée (*Les Noces Vermeilles*, París 1877), Loiseleur, en distintos pasajes, y otros muchos autores estiman fuera de toda duda la impremeditación de la Noche de San Bartolomé. — La opinion contraria la sostiene, después del acontecimiento, varios escritores ultracatólicos. Así opinan Capilupi, en su célebre *Stratagemma di Carlo IX re di Francia contra gli Ugonoti rebelli di Dio*, obra que su autor, habitante en Roma, publicó en 1572 (Reimpresion de los *Archives curieuses de l'histoire de France*, I, VII); Adriani en su *Istoria de' moi tempi* y Davila en su libro V. Estos autores escribieron sus obras bajo la inmediata inspiracion del partido católico fanático; y su motivo que les impulsó á obrar así nos lo refiere un contemporáneo suyo, bien enterado y nada sospechoso, don